

histórica (de Guillermo Prieto a José Joaquín Blanco) de un género periodístico tan difícil como brillantemente cultivado en México es, al mismo tiempo, la consignación, la elaboración del rostro del país (en ese sentido, el oficio de periodista, y más precisamente, el cronista, se identifica con el de los cartógrafos borgianos). Ahí tienen lugar todas las intenciones y ánimos, desde la rabia contra el invasor yanqui (Guillermo Prieto, "La invasión yankee", p. 38) hasta la justificada añoranza por "Las tortas de Armando" (Artemio del Valle Arizpe, p. 83) y de "Las glorias del gran Púas" (Ricardo Garibay, p. 144) a Mao Tse Tung y Chou En Lai vistos por la comitiva presidencial de Luis Echeverría. (p. 156).

La crónica es la articulación coherente de una realidad consignable (todo acto de cultura es un objeto de información) y una postura política ("Un cuadro de costumbres no es sino una elección crítica", apunta Monsiváis en el prólogo). Una antología de la crónica es exactamente lo mismo; una selección (por lo tanto una discriminación) con una intención que le añade un nuevo significado a los textos elegidos, el significado de su permanencia, de su pertinencia histórica y estética (que indudablemente tiene un texto tan reciente como el de Héctor Aguilar Camín, "Ataca matraca", sobre la protesta como candidato a la presidencia de José López Portillo).

La crónica osciló desde sus primeras décadas entre el compromiso político (Guillermo Prieto, Francisco Zarco, Ignacio M. Altamirano) y la frivolidad (Gutiérrez Nájera, de Valle Arizpe, Novo), entre el patriotismo y la importación de modelos de inspiración como vía de modernización. El dilema, resuelto más o menos por Novo, ofrece nuevos matices en los últimos años: a una opinión política inevitable (y que se puede manifestar de varias formas) corresponde un afán por romper esquemas reiterativos y estériles del periodismo tradicional, aunque sin contemplar formas precisas de expresión, ni siquiera las muy útiles del *New Journalism* norteamericano (Mailer, Wolfe, Talese, Capote), al que Monsiváis ha dedicado un excelente ensayo incluido en el volumen como apéndice, y cuyo agotamiento no debería desalentar sino, antes bien, motivar el aprovechamiento de sus intenciones originales y sus hallazgos ("La implicación de que el tema refleja a la sociedad en su conjunto... Muerte de la objetividad: puesto



que la objetividad es imposible, el Nuevo Periodismo se sumerge en la acción y escribe desde el punto de vista de los involucrados... Recreación de los acontecimientos", p. 215).

El espléndido desarrollo de la crónica en México enfrenta ahora un obstáculo decisivo, su abandono por una buena parte de las nuevas generaciones de periodistas, a las que Monsiváis, en cambio, propone la evidencia de "...un nuevo país todavía incronicado e incomunicado, el México de masas y desempleo, de frustración y esperanzas bajo la tierra... Una encomienda inaplazable de crónica y reportaje: dar voz a los sectores tradicionalmente proscritos y silenciados, las minorías y mayorías de toda índole que no encuentran cabida o representatividad en los medios masivos", p. 36).

Proposición de metas, constancia de recursos y talentos, de la dignidad de un ofi-



cio vituperado con demasiada facilidad, la riqueza de la antología de la crónica aumentaría conforme afecte (y necesariamente lo hará) a un medio muchas veces ignorante de sí mismo, el periodismo profesional.

La vida es larga y transcurre entre aciertos y fallas

José Joaquín Blanco, *La vida es larga y además no importa*
Premiá Editora, Colección La red de Jonás, México, 1979, 93 pp.

por Rafael Vargas

Sabe esperar, aguarda que la marea fluya
—así en la costa un barco—
sin que el partir te inquiete.
Todo el que aguarda sabe que la victoria es
suya;
porque la vida es larga y el arte es un
juguete.
Y si la vida es corta
y no llega la mar a tu galera,
aguarda sin partir y siempre espera,
que el arte es largo y, además, no importa.

Antonio Machado

Parafraseando un par de versos de este poema José Joaquín Blanco titula su primera novela y a la vez, con ello, nos entrega una clave de la actitud que guardan esas páginas: la misma que ha generado en sus ensayos y escritos periodísticos, y que podríamos localizar aquí, a falta de un mejor término, como vitalista; no hay moraleja sino acciones, narración de actos que conforman la vida y de los cuales no puede desprenderse otro contenido que el que otorga la configuración de la vida misma. No hay moraleja y por lo tanto no hay tampoco maniqueísmo, lo que se agradece en razón a la inmensa cantidad de nuevas novelas que buscan pactar y se autoproponen como englobamiento de la verdad y/o abanderadas de valores absolutos y "revolucionarios".

Aunque con reservas, *La vida es larga...* es un magnífico primer paso de Blanco dentro de la narrativa mexicana. Los "te-

mas comunes" —como se anota en la contraportada— que el autor maneja, alcanzan verdaderamente a retratar algunas de las inquietudes y preocupaciones de los jóvenes (o por lo menos de cierto sector de ellos, para evitar generalizaciones) y, más que la contención, el "trabajo artesanal y paciente", esa es su mayor virtud. En realidad, la novela —y todos los comentarios que he escuchado coinciden al respecto— podría haber tenido lo mismo doscientas o trescientas páginas, e incluso ganar con ello, porque lo que en ella importa es la riqueza de contenidos que encierra, contenidos que muchas veces apenas se insinúan y sirven como puntos de partida para el lector para la propia reflexión. Guardando toda distancia, y aunque por momentos se trate más bien de un error que de virtudes, la novela de J.J. Blanco aporta, como en la obra de Henry James, la cantidad de datos suficientes para que el lector cree a partir de ellos su propia parte de la novela.

Como *De Perfil* o *Se está haciendo tarde* —sin duda las dos mejores novelas (todavía) de José Agustín—, *La vida es larga...* alcanza ese pleno nivel de reconocimiento entre sus lectores con/y la realidad que viven, y desde hace tiempo no aparecía una novela que pusiera al corriente esa realidad en la narrativa mexicana. Recuento de una ciudad como conducta a través de sus personajes (y de una clase social muy definida: la clase media), todas las situaciones que refiere la novela son perfectamente vividas, asumibles y características; cualquiera puede entrar a un Vip's en la madrugada y constatar la escena que Blanco describe en la novela (y es que no

hay otro lugar en que borrachos y parranderos puedan reunirse a esa hora, ni siquiera en el famoso expendio de caldos de Dr. Vértiz), y cualquiera puede encontrar a medianoche en la Roma a un grupo de muchachos embriagándose en el interior de un automóvil, etc. Los méritos de la novela residen y corresponden proporcionalmente a la fidelidad y exactitud de las observaciones registradas.

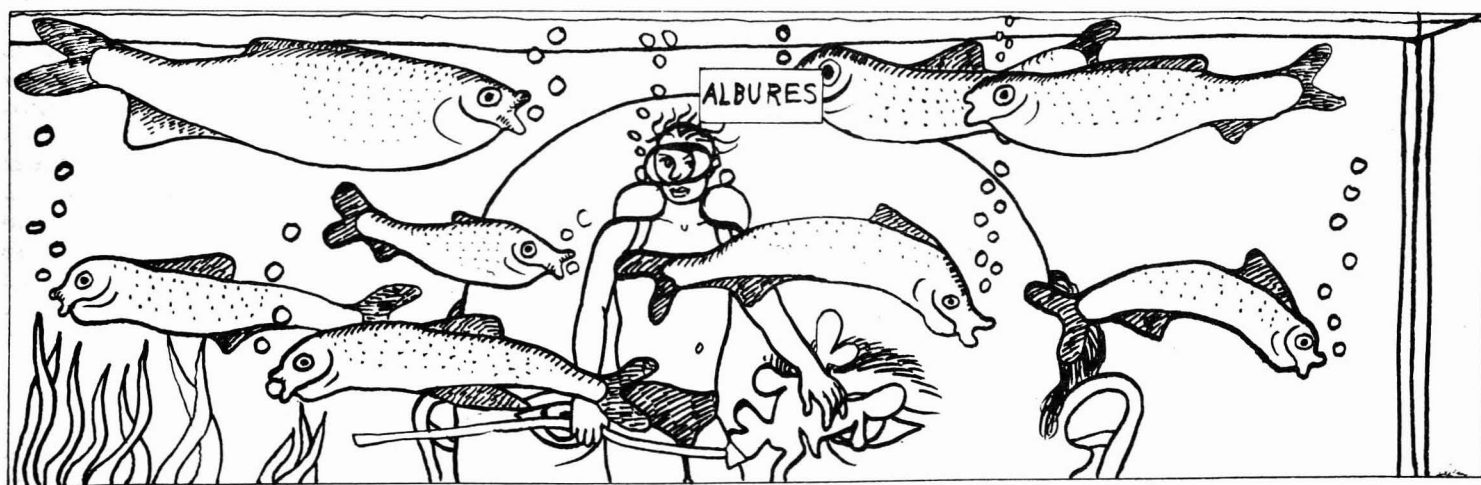
Pero es necesario aquí señalar también aquellas reservas de que hablábamos al principio; la más importante, entre otras, es que precisamente los personajes no se logran con la misma riqueza que los contenidos. Andrés, el protagonista, carece de la suficiente pasta para llegar a obtener la consistencia necesaria; de un capítulo a otro se desmorona, pierde verosimilitud. Al principio de la novela, por la atmósfera que se plantea, parecería que el personaje es un chavito de finales de los cincuentas, uno de tantos rebeldes del rock que pululaban por la Condesa, la Del Valle o la Narvarte, para que, más adelante, después de su ingreso como empleado a un banco, el enamoramiento y la vida en común con Irene (otro de los personajes centrales), dé un enorme salto y se instale de plano en plena mitad de los setentas —la escena en el cabaret, la fiesta posterior de uno de los parroquianos, el rescate de Marta y toda la escena amorosa, describen un ambiente de años recientes. En el transcurso de la novela, en general, Andrés cambia de rasgos constantemente. Y no es lo malo este tipo de cambios (no se exige de ningún modo una situación estática) sino que no sean lo suficientemente explicitados.

No falta por ahí una fallida autoproyección del autor, cuando menciona los libros que un amigo —que tan sólo es mencionado y que merecería también constituirse en un personaje importante, dada la relevancia que por el puro hecho de sus regalos (libros de Proust, Edmund Wilson, Radiguet y Gore Vidal, entre otros) alcanza y que uno, como lector, supondría vital en el desarrollo personal de Andrés.

Ocurre un poco lo mismo con la figura del padre de Andrés, un tipo masturbador y conformista, no obstante dotado de la bastante sensibilidad como para condensar los gestos más tiernos de la novela. Aunque recibe un tratamiento adecuado e inteligente (es él quien menciona que, como dijo el poeta, "el arte es largo..."), merecería un desarrollo más extenso, ya que junto con Andrés, Marta e Irene, conforma el núcleo de la novela, en cuyo alrededor se teje la trama, en la cual los demás personajes intervienen de manera fugaz o secundaria, apenas como mero pretexto para el planteamiento de nuevas escenas y situaciones.

Sin embargo, la novela vuelve a atraparnos una y otra vez; la psicología de los personajes, sus parlamentos, les dan suficiente credibilidad como, para resistir estas y otras fallas semejantes. Excepto por la línea que abre la novela ("Andrés no sabe cuándo empezó a fracasar el matrimonio de sus padres", digna más bien de un manual de sociología para la clase media), el estilo de la escritura de José Joaquín Blanco es diestro e impecable.

Con todo, la mejor parte de la novela es aquella que Blanco extrajo para su publi-



cación en el suplemento de *Siempre!* (La cultura en México, número 889, marzo 28 de este año), a manera de adelanto. A manera de adelanto, también, esta primera novela nos hace esperar con impaciencia la próxima obra narrativa de José Joaquín Blanco, quien sin duda habrá de demostrar sus cualidades críticas en la superación y pulimiento de su nueva entrega.

Los otros modernistas de Nicaragua

Julio Valle Castillo: *Poetas modernistas de Nicaragua* (1880-1927), Introducción, selección y notas de J. V. C., Colección Cultural Banco de América, Serie Literaria No. 9, Nicaragua, 1978.

por Guillermo Sheridan

¿Qué rescatar de entre las páginas perdidas de las olvidadas revistas literarias modernistas que pueda gozar aún de pertinencia? ¿Amerita realmente zambullirse en esa rústica, polvosa, a veces vergonzante broza en pos de dos, tres hebras de oro fino? ¿Penetrar ese lóbrego museo que marginalmente levantan los menores modernistas en toda América, con sus añosos violines mal afinados a la Verlaine, sus elaboradas crisis emocionales copias de copias de los más pospuestos fondos parisienses, sus musas empecinadas en la epatancia, sus melancolías superadas desde siempre, su retórica tísica y florida, sus tapices añosos y vagos? Julio Valle Castillo ha decidido recorrer esos traspatios sin excluir las fachadas rutilantes y descubre, en su excelente antología del modernismo nicaragüense que sí. Advierte en su introducción que "quizás se les descarte diciendo que modernistas como estos y muy superiores los hubo con creces a lo largo y ancho del continente americano", pero, sostiene, "existe algo en estos autores que los torna particularmente importantes para nosotros dentro de las difusas fronteras de Centroamérica y de su cultura. Algo que impide desecharlos tan categóricamente y que amerita atención". Y ese algo es su carácter de nicaragüenses, su americanismo beligerante en oposición al impe-



rialismo que había intervenido directamente al país desde 1909. Es, decir, que en este caso, sobre muchos otros, se cumple a la perfección la indicación de Angel Rama: el modernismo es la respuesta artística al liberalismo. Son estos, casi todos, como lo advierte el estudioso, poetas apreciables sobre todo en antologías. Su espíritu poético y su preocupación por afinar y delimitar las responsabilidades de su nacionalidad en momentos difíciles los hace confundirse, a la mayoría, en una empresa común de la que son aspectos o enfoques. Pero su totalidad indiferenciada es la que consigue la pertinencia que quizá pueda negárseles en lo individual.

Entre todos ellos, dice Valle Castillo, consiguen un "acento gentilicio", que es canto "a y de nuestra identidad y defensa de ella misma" y si bien a veces no rebasaron las limitaciones de un "localismo pintoresco" consiguen ofrecer "cierto encanto, algo íntimo, mucho de lo nuestro". Al enfrentarse a estos tímidos poetas, el lector actual se lleva, sin embargo, una agradable sorpresa: son mucho más poetas que tímidos.

Valle Castillo consigue, además, un marco funcional y erudito sobre el que presentarlos. Realiza una ubicación del modernismo *sui generis* de su país (que en estos momentos es el de todos) a partir de los paradigmas establecidos por Henríquez Ureña y en pos de su particularidad, que tiene un mérito indiscutible toda vez que describe, desde adentro, el proceso de incorporación de la tendencia en la tierra de Darío. A saber: desde sus antecedentes cultistas, incondicionales de la lírica francesa y norteamericana, pasando por la tesonera fundación de revistas (actividad

que, se desprende de las enumeraciones del autor, tiene un ritmo inusitado en comparación a otros países americanos), la formación y desaparición de los grupos, y hasta su derivación a cierto posmodernismo criollo, preocupado por la identidad centroamericana después de la intervención yanqui. Sin olvidar las veladas, ateneos y tertulias que surgen en las diferentes ciudades del país (algo en lo que también se diferencia del centralista modernismo mexicano).

Curiosamente, el modernismo nicaragüense es tardío en relación a otros. Tardío como enérgico en su segunda hora, va a producir poetas excelentes como Santiago Argüello y Ricardo Contreras. En este punto cabe discrepar de la beligerancia que Valle Castillo otorga a los comentarios que al respecto hace Darío cuando, al efectuar su "Viaje a Nicaragua" (1907-1908), saluda pomposamente a sus coteráneos con el tipo de sonoras alabanzas que muchas veces estaban lejos de expresar su criterio poético objetivo o crítico. Darío escribió una cantidad tan impresionante de alabanzas y prólogos como olvidados poetas o compañeros se los solicitaron. Darío se sentía obligado, al parecer, a mostrar su solidaridad con hondureños, ticos, mexicanos y panameños desde París en esa especie de cruzada poética de la que son buena muestra esos comentarios. Estos poetas no necesitan ser refrendados por las convencionales prédicas del Gran Maestro. En su primera hora, además, como señala Valle Castillo, el modernismo nicaragüense dista mucho de la originalidad, y como muchos otros, cultivará hasta el agotamiento lo que Valle Castillo llama "los cuatro puntos cardinales del